

EL DERECHO A NO ESTAR CONTENTO

ESTAR contento es una sensación que parece haberse perdido del todo. No hablemos de la felicidad naufragada quizá en los tiempos del Edén y su disparatada serpiente. Estar contento es una actitud gubernamental, una actitud oficial. Asoman ellos sus rostros a la televisión y tienen una sonrisa de contento, mezclada con un gesto de seriedad que indica que ese contento no es la sonrisa del bobo, sino la conciencia de quien está seguro de sí mismo. Y de usted que le escucha. Todo viene de la escuela americana de Dale Carnegie y de la persuasión oculta. Pero claro que ese, esos gobernantes de la sonrisa austera no deben estar nada contentos por dentro.

Estar contentos es muy difícil en una democracia. Es curioso que muchos van hacia la democracia creyendo que les va a dar el contento perdido en la infancia, o en cualquiera sabe que vericueto de la vida temprana. Siempre temprana, claro. El posible contento no dura mucho. Es un error. Lo que la democracia da o puede dar es el derecho a estar descontento y a expresarlo. Las autocracias, las dictaduras o como se las quiera llamar no permiten el descontento. Ordenan la alegría y la satisfacción por decreto y ¿quién no obedece al decreto de una autocracia? Ya Huxley intuyó la cuestión cuando escribió su utopía. "Un mundo feliz". ("A brave new world"): la felicidad era una orden. Y la desgracia había que ocultarla hasta en la soledad, que nunca existía. Nunca está uno solo en una autocracia: lleva uno su propio vigilante, su propio policía dentro.

Un signo de que vamos hacia la democracia es que cunde el descontento y se expresa cada minuto: en periódicos o manifestaciones, en declaraciones o en actitudes. Lo malo es que tenemos todavía el fuerte descontento de la larga autocracia, el descontento no expresado nunca, tragado con la sonrisa oficial. Lo estamos soltando ahora todo.

En los Estados Unidos, el poder sonríe siempre. Es una baza. La risa de Carter le ha ganado muchos votos. En las democracias europeas, hay sonrisas muy acreditadas: la de Willy Brandt o la de Giscard D'Estaing; y, desde luego, la de Olof Palme. Mientras, la calle cierra su ceño.

El español predemocrático se ha vuelto ya ceñudo. "La vie, en ce moment, n'a rien de bien joyeux", decía Manuel Machado en un poema que escribió en francés, y que comenzaba: "Madame, vous trouvez que l'espagnol est triste...". El español, ahora, más que triste es ceñudo y colérico. Mirando hacia adelante con ira. "Libertad sin ira", se le canta a todas horas por sus altavoces. De momento, tiene algo de ira, y un algo de libertad. La suficiente libertad como para que su descontento pueda irse expresando diariamente.

Es un voto. Mostrarse no contento es la única forma posible de llegar a estarlo. Es una forma democrática, aunque no sea una fórmula enteramente revolucionaria. Y es una forma de decir a los satisfechos de la televisión: "oiga, caballero, ¿usted de qué se ríe? ¿No será, por casualidad, de mí?". ■

POZUELO

Internacionalismo socialista

vasión del Pacto de Varsovia en Italia...

Desde el punto de vista comunista se ha criticado a la Internacional por su indecisión al aproximarse al eurocomunismo. "L'Humanité", en París, ha lamentado que en la reunión no se hayan comentado "las experiencias unitarias en curso en Francia o en otros países occidentales", pero no deja de señalar que también es verdad que las fórmulas de acción común "que existen ya" no han sido explícitamente condenadas, lo cual considera como un dato digno de tener en cuenta. "L'Humanité" escribe en su editorial que "cuando se ha escuchado a François Mitterrand describir un catálogo de todos los derechos del hombre y del ciudadano, cuando se consideran las proposiciones formuladas por el XXII Congreso del Partido Comunista francés, se puede preguntar por qué no se le ha ocurrido a ningún congresista proponer acciones comunes sobre este tema o sobre otros con los comunistas. ¿Será porque ciertos de esos derechos y libertades son pisoteados por numerosos Gobiernos dirigidos por socialdemócratas?". Como se ve por las palabras de Saragat y por el editorial de "L'Humanité", la vieja pugna entre socialistas y comunistas, que ha alcanzado en algunos momentos niveles muy dramáticos y que ha causado víctimas en los dos bandos, está lejos de haber desaparecido.

En cuanto a la reunión de Barcelona, organizada por españoles, malteses y libios, pero con presencia de 19 partidos —además de los citados, estaban presentes portugueses, sirios, tunecinos, italianos, iraquíes, libaneses, marroquíes, argelinos, franceses, griegos, chipriotas y mauritanos: algunos de ellos considerablemente alejados del Mediterráneo— ha tenido la acusación de haberse hecho un poco para dividir la reunión socialista de Ginebra, aunque sus organizadores han explicado que se trataba únicamente de una coincidencia de fechas. Se trataba de estudiar los medios de expansión del socialismo en el área mediterránea, y tampoco se ha llegado en esta ocasión a resultados concretos: la parte principal del comunicado se dedica a explicar que todo será mejor estudiado en la segunda conferencia, cuando se puedan preparar mejor los temas.

En algunos de los discursos de Barcelona se ha explicado la dificultad de reunir bajo el mismo lema de socialismo a partidos, tendencias y grupos que son muy dispares entre sí. Ni siquiera dentro del Mediterráneo puede haber un "modelo común" que se busca. Cuando se extiende esta consideración a toda la zona europea se ve

la imposibilidad de un socialismo unitario. No es un achaque exclusivo del socialismo: es algo que están sufriendo todos los partidos políticos, todas las grandes ideologías, en el mundo entero. De la izquierda como de la derecha. Se advierte menos este problema en la derecha por su misma concepción de un mundo disciplinado dentro de un orden económico dominante, por el cual tienen un sentido muy claro de defensa propia.

Estamos viendo en España en estos momentos, por circunstancias históricas especialísimas, la dificultad de encontrar un simple denominador común para las grandes líneas políticas. Precisamente aquí hay una excepción a la regla de que la izquierda es más proclive a la división que la derecha, precisamente porque aquí la necesidad de defensa propia de la izquierda es muy aguda. Pero por encima de las razones españolas hay unas razones mundiales de construcción mental de las ideologías y también de las individualidades. No se vive en un mundo tan concreto como el del siglo XIX, el de principios del XX o incluso el que pareció rechazarse después de la primera guerra mundial y de la revolución soviética, en el que los grandes bloques políticos aparecían más configurados. No es ni siquiera un problema político: es un problema de esta época, donde la abundancia de información y el relativismo que las disciplinas filosóficas y científicas han arrojado más que dudas sobre la posibilidad de que la verdad única exista. Se ha llegado más o menos a la conclusión de que la única verdad es que no hay ninguna verdad, y esto que va a ser un bien en cuanto la Humanidad se llegue a acostumbrar a convivir con esa idea, de momento está sembrando un gran desconcierto, que incluso atañe a los partidos o formas de pensamiento político que ofrecen disciplinas más coherentes. No hay más que citar los comunismos, la Iglesia o los fascismos para ver cómo la atomización les ha alcanzado de lleno: y es menos ostensible en partidos o grupos que por su mentalidad más abierta tienen otras defensas. Como sucede con los socialismos.

La Internacional no ha podido definir un modelo de socialismo universal. Afortunadamente no lo ha intentado, porque el modelo único no existe. Pero el daño es que a partir de esa no definición general puede carecer de impulso para hacer definiciones más concretas. Sobre la política inmediata, que no tiene más remedio que prescindir de la relatividad de las verdades, si es que quiere sobrevivir. Esperemos que el Congreso del Partido Socialista Español que se está celebrando mientras estas líneas se escriben, sea muy concreto en su forma de enfrentarse con la situación actual. Es muy necesario. ■